



I

El sueño de Isao

En una fresca madrugada otoñal, el silencio era el bálsamo mágico con el que Isao descansaba como pocos pueden hacerlo en un mundo atormentado por las preocupaciones. Aunque nadie escapa a los sufrimientos de la vida, nuestra decisión nos permite luchar contra los padecimientos e incluso vencerlos. Sin embargo, cuando estos demonios se apoderan de nuestro sueño, es difícil combatirlos. En los dominios de Morfeo, desprovistos de voluntad, somos parte de una impredecible mezcla de realidades distorsionadas, una inconsciente farsa sobre la vida.

A manotazos, medio dormido y con un ojo cerrado, Isao logró desactivar la alarma de su teléfono. Antes de levantarse, leyó las noticias del día y chequeó la aplicación de la escuela. Ser profesor era algo que lo llenaba de orgullo, lo hacía con mucho placer y un sentido de la responsabilidad encomiable. Vivir de lo que uno ama, sin importar cuán sacrificado sea, es una de las claves para una vida feliz o, por lo menos, tranquila.

Al finalizar la rutina con la que nos preparamos para iniciar el día, imperceptible para los que tienen una vida plena, pero

dolorosa para los insatisfechos, Isao fue a desayunar. Como todas las mañanas, café, una pieza de pastelería, en esta ocasión un cruasán, y algún resto de la cena serían el menú. Mihiro, siempre ocupada, rara vez desayunaba con él, tampoco eran de hablar mucho o de planear salidas juntos. Esto no significaba que fuera un matrimonio infeliz; todo lo contrario, desde que se casaron, hacía más de diecisiete años, respetando sus tiempos y espacios, habían creado un ecosistema familiar exento de grilletes sentimentales. Ninguno se sentía invadido ni preocupado por no compartir momentos, más bien seguros y con la certeza de que, pasase lo que pasase, el otro siempre estaría a su lado.

Isao Honda, a sus cuarenta y tres años, se hallaba en una época en la que se sentía joven para algunas cosas y viejo para otras. Debido a que creía que la edad era un sinónimo de autoridad y sabiduría, en las reuniones que participaba, si una persona mayor expresaba una opinión, aunque fuese inconsistente, jamás se atrevía a contradecirla. Por otro lado, hacía tiempo que había dejado de hacer deporte, ya que, en lugar de verlo como una manera de mejorar la calidad de vida, lo consideraba algo propio de los jóvenes que disponen de tiempo libre y condición física. Aunque esto supusiera relegar algunas de sus ideas y su cuerpo, en general, su presente era muy bueno. Así mismo, Mirai, su único hijo, había logrado ingresar en una prestigiosa universidad. De esta manera, gracias a este paso que potencializó sus esperanzas, Isao asumió la certeza de que una parte importante de su futuro estaba asegurada.

Mientras hojeaba el diario, la televisión, en el canal de noticias, hablaba sin que nadie le prestara atención. De pronto, se detuvo en una noticia:

Se cumplen tres meses del ataque incendiario, ocurrido el dieciocho de julio de 2019, contra el edificio del estudio uno de Kyoto Animation, ubicado en el barrio Fushimi de la ciudad de Kioto. El incendio, que derivó en una explosión, fue provocado por Aoba Shinji, de cuarenta y un años, quien no estaba vinculado al estudio y tenía antecedentes penales e historial de problemas mentales. Como consecuencia, treinta y seis personas fueron asesinadas y otras treinta y cuatro, incluido el perpetrador, resultaron con heridas de diversa consideración. Aoba, al intentar huir, fue detenido por los agentes y los empleados del estudio de animación. La policía no ha dado más detalles sobre los avances de la investigación....

Además de repudio, no podía entender cómo en su amada nación, limpia y segura, próspera y admirada, había tenido lugar un hecho de estas características. También recordó que menos de tres semanas antes de aquel incidente, a unos cincuenta kilómetros de distancia, en la ciudad insignia de la región de Kansai, Osaka, había tenido lugar la cumbre del G20. En aquella oportunidad, Japón exhibió su liderazgo internacional y la riqueza de su cultura a los líderes de las naciones más poderosas del mundo. Isao se sentía orgulloso de ser parte de algo único. ¿Qué otra cosa podía pensar? A pesar del típico pesimismo japonés en sus logros, algunos dirán falsa modestia, en comparación con otros países, todo parecía ir mejor: la Bolsa de Tokio, la segunda más grande del mundo, vista a través de sus índices bursátiles, Nikkei y TOPIX, desbordaba confianza; el desempleo y la pobreza continuaban en descenso; la expectativa de vida crecía; la variedad y calidad en las góndolas y estanterías de los supermercados y las tiendas de

electrodomésticos no pasaban inadvertidas; finalmente, muchos japoneses, demasiados, podían darse el lujo de viajar al extranjero para volver sintiéndose más orgullosos de su patria.

—Buenos días, si no te das prisa, llegarás tarde —dijo Mihiro al pasar esbozando una sonrisa forzada.

—Buenos días, no me di cuenta, estaba leyendo una noticia sobre el...

—Dejé una camisa planchada en tu habitación, cepíllate los dientes antes de ponértela.

Como un niño obediente, en el orden indicado, luego de cepillarse los dientes y ponerse la camisa, comenzó a preparar su mochila. Aquel día iba a compartir unos textos de Yasunari Kawabata que, aunque triste y trágico como muchos autores japoneses, poseía una manera de escribir tan sutil y emotiva que le parecía un buen ejemplo de cómo debía escribirse. Además, en horas extras, tendría una reunión importante; había presentado una propuesta para incluir el juego de mesa Go en los clubes extracurriculares.

Su aldea, parte de un pequeño pueblo, a menos de noventa kilómetros de ciudades como Osaka y Kobe, estaba conformada por un centenar de casas esparcidas en una extensa área, dominada por las montañas, los arrozales y el sonido de la naturaleza. Antes de las ocho de la mañana, era la única hora del día en la que se podían ver más de cuatro automóviles al mismo tiempo. La estrechez de las calles, como la costumbre japonesa de no sobrepasar, daba el puntapié inicial al estrés cotidiano de aquellos que iban con el tiempo justo y se topaban con los que conducían como si hubiera un premio al más lento. Al salir de la aldea, la situación no era mejor. La ruta 175, que conectaba pueblos y

ciudades, la misma que utilizaba Isao, siempre estaba muy transitada en ese horario. Incluyendo una parada para comprar su almuerzo, demoraba unos veinticinco minutos hasta la escuela. Disfrutaba de ese tiempo en soledad, escuchando música e intentando adivinar el estado de ánimo de los conductores que iban en sentido contrario. También, con los que se solía cruzar habitualmente, les había puesto apodos: el fumador, el señor de los sombreros, la modelo sin dinero, el empresario y don bigotes.

Desde hacía cinco años trabajaba en la misma escuela y, a diferencia de lo que había sucedido en otras, se sentía muy cómodo. Se llevaba muy bien con sus colegas y, a no ser por incidentes aislados, como cuando dejaron papel higiénico colgando de las ventanas del segundo piso, nunca había tenido problemas con sus estudiantes. Por el contrario, si bien no era el profesor más popular, por extrañas causas que ni él mismo entendía, cada año la lista de los que simpatizaban con él iba en aumento.

Al ingresar en la sala de profesores, un rectángulo atiborrado de escritorios castigados por el paso del tiempo, Isao se giró para ver al profesor Fujimoto. Este lo saludó con una sonrisa pronunciada como si hubieran estado de parranda la noche anterior. Luego de una breve reunión matinal, para calentar los motores de la educación, se dirigió al aula. Allí, los treinta y seis estudiantes lo saludaron de pie. Él, desde una tarima en la que estaba su escritorio y marcaba quién era la autoridad y cómo debía fluir el conocimiento, devolvió el saludo con gran vitalidad. Antes de comenzar, intentando disminuir la altura de la tarima, bromeó acerca de su «elaborado» desayuno. De esta manera, despejada la mente del sopor matinal, comenzaron a leer a Kawabata.

La clase se desarrolló sin problemas. Incluso los incidentes menores —Hikari se quedó dormida y Haruto se dedicó a contemplar sus dilemas internos a través de la ventana— fueron parte de lo esperable. La inercia de lo cotidiano, aunque asociada al tedio, era para Isao una fuente de tranquilidad en la cual podía disfrutar de su profesión y tener una vida plena. Al finalizar, como solía hacer, permaneció unos instantes hasta que la mayoría de los estudiantes salieran. Disfrutaba de esas tiernas miradas, plenas de respeto y alegría que se despedían de él como si estuvieran dándole las gracias.

Después de finalizar su almuerzo, mientras revisaba algunos manuales de japonés, el profesor Fujimoto, con aparatosos gestos como si estuviera dirigiendo el tránsito, le pidió que se acercara a su escritorio. En torno a este, se hallaban otros dos profesores. Uno de ellos, el de educación física, aún con una bola de arroz en su mano, señalaba una revista.

—Profesor Honda, el director nos informó que Mark ha decidido volver a Australia a finales de este mes. Al parecer el estado de su madre es grave, la quimioterapia no ha tenido éxito.

—¡Qué pena, pobre Mark! ¿Cómo podríamos ayudarlo? —preguntó Isao compungido.

—No sé si es una ayuda, pero estamos pensando hacerle un regalo. Sabemos que no es habitual, pero, durante estos años, además de hacer crecer la popularidad de las clases de inglés, nos ha ayudado mucho con las actividades extracurriculares —afirmó el profesor Fujimoto.

—Tampoco olvidemos que, gracias a ese increíble ánimo que infunde, dos de nuestros estudiantes han decidido continuar el profesorado de inglés y otros se han sentido interesados en

conocer otras culturas —aseguró la profesora Tanaka con tal vehemencia que sorprendió a todos.

—Tiene razón, pero démonos prisa, en unos minutos debo volver con los estudiantes —apremió el profesor de educación física, mientras se limpiaba los dedos en la parte inferior de su chaqueta.

—No sabemos muy bien qué regalarle, por lo que nos gustaría pedirle su opinión y una colaboración en metálico. —Fujimoto esgrimió una sonrisa.

En la escuela, todos sabían que el padre de Isao, fallecido hacía doce años, era argentino. También se rumoreaba que había renunciado a un importante cargo de profesor universitario para regresar a Japón y reunirse con su familia. Isao era lo que en Japón llaman *haafu*, un término tomado del idioma inglés, *half*, que designa a una persona mitad japonesa y mitad no-japonesa. Aunque suene extraño, tiene una connotación positiva; como si esa mezcla de mitades diera un producto único, con un tipo de cualidad extra en cuanto a belleza, fuerza, inteligencia o personalidad. Así, dentro de la historia de los *haafu*, encontramos a deportistas, intelectuales, artistas y sobre todo a modelos de renombre. Finalmente, cabe señalar que, a pesar de hablar de mitades y mezcla, esta imagen positiva se debe principalmente a la sobrevaloración de los extranjeros por parte de los japoneses.

Además de la nacionalidad de su padre, también sabían que Isao había vivido en Argentina. En este sentido, si surgía una discusión en torno a la idiosincrasia de los extranjeros, todas las miradas caían sobre él para que, haciendo honor a su autoridad por sangre y experiencia, emitiera un juicio. Sin embargo, esta responsabilidad, que a Isao no le gustaba ni podía cumplir sin

caer en estereotipos, ocultaba lo que en realidad sucedía en su interior. Aunque su cuerpo mostraba señales incuestionables de ser un *haafu*, medía un metro noventa y sus ojos eran un poco más redondos de lo habitual; su alma era tan japonesa como el *sushi* o el código *bushido*. Por otro lado, como a la mayoría de los *haafu*, esta mezcla no le había proporcionado ninguna ventaja en su vida.

—Sí, por supuesto, lo haré con gusto. —Isao, aunque había sonreído como si estuviera posando para la fotografía del empleado del mes, cuando comprobó el peso de la revista, sintió una desazón indescriptible.

—Profesor Honda, muchas gracias por su tiempo, no sé qué hubiéramos hecho sin su ayuda. —Tanaka no era muy linda, pero sus delicadas maneras le conferían un aura de belleza que embelesaba a las personas.

No tenía la menor idea de lo que un australiano consideraba un buen regalo. Sin embargo, intentando no defraudar a sus colegas que le habían otorgado tamaña responsabilidad, dijo en un tono certero:

—Necesito un poco de tiempo, voy a hojearla con cuidado, mañana les daré mi opinión. —Sus colegas, en especial la profesora Tanaka, suspiraron de alivio.

—También se lo agradezco, pero igualmente vamos a necesitar que colabore con mil yenes. —Fujimoto lanzó una risotada que disgustó a Tanaka.

¿Cómo decirles que no era el indicado? Isao volvió a su escritorio y se dejó caer en su silla. Un sentimiento de culpa se había apoderado de él. Lo único que conocía de Australia era el Sydney Opera House y las películas de *Cocodrilo Dundee*. Además,

desde que Mark comenzó a trabajar en la escuela, solo habían intercambiado meros saludos. Él siempre lo evitaba, ya que temía que su herrumbrado inglés lo dejara expuesto ante todos. Aun así, ¿cómo negarse a su compinche Fujimoto?, ¿cómo oponerse a la invisible belleza de Tanaka?, ¿cómo atentar contra su título de experto en asuntos extranjeros? Cuando sus colegas dejaron de mirarlo, comenzó a hojear la revista, pero fue inútil; en pocos minutos quedó abrumado por la cantidad de regalos promocionados, una verdadera marea de objetos sinsentido. Estaba decidido, se llevaría la revista a casa y le pediría a Mihiro que eligiera un regalo para un hombre de veintiséis años. Ni siquiera le diría que era para un extranjero, no había motivo para complicarse.

Alrededor de las siete, cuando terminó su reunión con el director y otros profesores, le envió un mensaje a Mihiro para decirle que llegaría más temprano de lo habitual. La escuela había aprobado el inicio de las clases de Go y, si bien los interesados aún eran pocos, después del receso invernal su jornada laboral se prolongaría. Al igual que un futbolista que ha ganado una final en tiempo extra, se sentía presa del reconfortante cansancio que viene asociado al éxito. Isao, esa noche, volvería a dormir como pocos pueden hacerlo.



II

Autobiografía sin sobresaltos

Inmerso en la corrosiva vorágine del trabajo y la perfección, al igual que una bestia de carga, Isao cumplía con su deber de manera constante e irreflexiva. El hábito, monstruo que devora voluntades y vomita conformismo, le impedía ver cualquier posibilidad de cambio. Pese a que su vida era justo lo que quería, desde que escuchó unas conmovedoras palabras en un funeral, el recuerdo de la temprana muerte de sus padres comenzó a rondar por su mente. Si bien atesoraba hermosos recuerdos, aquellas palabras, llenas de momentos y detalles íntimos, le hicieron darse cuenta de que no sabía mucho acerca de la vida de sus padres. Sin embargo, como creía que el pasado era inamovible y el futuro una entidad moldeable a nuestro antojo, dejó de pensar en sus padres y se propuso escribir una autobiografía para su único hijo, Mirai.

Pese a que tenía mucho para decir, su escasa experiencia como escritor le impedía dar con las palabras apropiadas. Durante varios días, estuvo rendido al binomio redacción-corrección, sin lograr expresar un ápice de sus sentires. ¡Con cuánto ritmo

y belleza autores como Wilde o Kundera nos acarician con sus palabras! Quién no ha oído decir: «La persona que lee, en algún momento, tendrá la necesidad de escribir». Una frase tan cierta como el hecho de que esta necesidad, pocas veces, viene acompañada de talento. Finalmente, a tempranas horas de un sábado, cansado de dar vueltas sin sentido, dejó de preocuparse por el cómo y se entregó con sinceridad a sus recuerdos. Todo esto no auguraba una narrativa coherente, ausente de caprichos ni errores conceptuales.

Siempre recuerdo mis años de estudiante universitario en Kioto como la etapa más despreocupada de mi vida. Además de que disponía de mucho tiempo libre, los éxitos académicos habían inflado mi autoestima; en otras palabras, me sentía imparable, amo y señor de mi destino. Sin embargo, cuando fui en busca de objetivos mayores, todo cambió. Los intentos fallidos para acceder a un cargo de profesor comenzaron a acumularse. Otra vez un examen volvía a complicar mi presente y decidir mi futuro. Desde temprana edad, odié los exámenes y todo lo que suponían: los discursos aleccionadores, las clases de apoyo, las reprimendas de mi madre y las malditas horas de encierro que me impedían estar con mis amigos.

Desde mi adolescencia, tomé consciencia de la terrible concatenación determinista entre resultado y futuro. Los exámenes eran el único puente de acceso a las oportunidades. Sabía que, si no aprobaba un ingreso, tendría que ir a una escuela de menor prestigio. De esta manera, una vez en ella, como si se tratara de un tren en movimiento, podría cambiar de vagón, pero jamás de tren. Esto me afectó mucho y, en las vísperas de un examen, solía sufrir de insomnio y problemas estomacales.